



SEGUNDA PIEL

Ricardo Enjuto Ruano

SEGUNDA PIEL



Primera edición: agosto 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ricardo Enjuto Ruano

ISBN: 978-84-18828-70-6

ISBN digital: 978-84-18828-71-3

Depósito legal: M-24127-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres, por ponerme en el camino. Por todo.
A Marco y Clara, mis mejores relatos.
A Belén, por acompañarme en el camino y ser mi segunda piel.*

11 de septiembre, 2001

Está dedicando más tiempo del habitual a mirarse en el espejo. No es difícil, pues apenas hoy se ha percatado de que está ahí, con su velo de polvo triste adherido al cristal y tras él, a pesar de todo, el reflejo de un rostro repujado en cuero. En la barba poblada sobreviven algunos surcos negros y grises entre el blanco generoso de los años cargados a la espalda. Son esos detalles los que le separan de la senectud. Como los ojos vivos e invencibles en estas mañanas de visita. Se siente un viejo joven. Le gustaría tanto que Catherine le reconociese hoy... Se lava la cara una vez más y otra más. Tan solo para envolver de nuevo el rostro con sus grandes manos tras la toalla y sujetarlo así unos segundos. Después sigue observándose en el espejo en busca de seguridad. Es día de visita y siente el temblor de la primera cita. Sonríe al pensar en tantas veces en que Catherine le insistía en pasar por el espejo y arreglarse un poco. Cuando el respondía con desdén un «bah» displicente. Y ahora que ella no está, se encuentra frente a él petrificado, escrutando su rostro de piedra, rescatándolo del fondo del mar para que al menos durante unos instantes, si el maldito alzhéimer lo permite, Catherine lo reconozca. Solo las noticias que vienen zigzagueando en el aire por puertas y pasillos desde el viejo transistor de la cocina le hacen girar la cabeza y dirigir sus pasos hasta allí de inmediato. Dos aviones de pasajeros han chocado por causas desconocidas contra las dos torres del World Trade Center. Enciende el televisor y al momento se arrepiente de no haberlo cambiado. Debe esperar unos segundos a que reaccione, el tiempo necesario para que la

electricidad atraviere la enorme chepa gris del aparato y muestre en la pantalla una y otra vez los aviones incrustándose en sendas moles. Todos los canales de Canadá ofrecen las mismas imágenes en académico desorden y ninguna va a hablarle de su amigo violinista, así que lo mejor será que le llame. En la vieja agenda azul hay hojas que ya andan sueltas y vuelan solas al menor descuido, pero la letra «i» no es de las páginas más demandadas. Ahí está Iván Kunz. No hay respuesta. De nuevo silencio. Lo intentará después de volver de la residencia y de paso le dirá a Catherine que le va a hacer caso y comprará un nuevo televisor. «Amor mío: cuando vuelvas a casa veremos tus películas a lo grande», le dirá. Sí: «amor mío». Tal vez no lo ha dicho suficiente en los últimos años.

Suena un teléfono en New Jersey y una mujer —hace años que no corría— se abalanza hacia él. Tropieza en el último momento pero por fortuna alcanza trastabillante el sofá. Al otro lado, hay una voz circunspecta que se demora en las pausas. La reconoce de inmediato, aunque nunca ha estado tan cargada de gravedad.

El proverbial atasco en la M25 a estas horas de la tarde le permite descolgar el teléfono desde el coche y marcar la tecla M2. M1 es para James, su marido, y M3 para su madre. M1 ha perdido el color y los caracteres parecen más bien tres tristes barras: III. Un tres en números romanos que nunca confunde con M3. M3 no ha perdido ni un ápice de su brillo. Prefiere visitar a su madre que llamarla por teléfono. Aunque resulte paradójico, en vivo es más fácil desprenderse de ella que al teléfono. M1 está desgastado porque la gestión de niños es intensa, no porque *Memoria Uno* sea más poderosa que *Memoria Dos* o *Memoria Tres*. *Memoria Dos* luce el brillo exacto de las memorias queridas. Ni desgastada, ni intacta. Habla con su hermana todas las semanas desde que vino a Londres las pasadas Navidades. La encontró tan frágil que se impuso a sí mis-

ma esa llamada semanal. La última vez la notó eufórica y un tanto nerviosa. Vive en New Jersey, es cierto, pero pasa bastante tiempo en Manhattan. Ojalá a esta hora de la mañana neoyorkina no esté allí. No le gusta nada todo lo que está oyendo en la radio desde que empezó el ritual del atasco. Teclea M2 cada poco sin respuesta ni esperanza. Podría continuar hasta decolorar *Memoria Dos* porque nadie, jamás, responderá nunca a ese teléfono.

Observa durante diez minutos las luces de la ciudad a través de la ventana a esa hora incierta de la madrugada en que los guiños lejanos de los neones se van extinguendo uno a uno y dejan a la deriva a los últimos noctámbulos. Al fondo la Casa de la Ópera gobierna la bahía de Sídney. Conecta la radio y lo que oye le mueve a encender el televisor de inmediato. No puede creer lo que está viendo. Se sienta sobrecogida en una esquina de la cama. Siente una presión singular en las sienes que no ha aparecido desde que abandonó Nueva York. Oye su voz queda destilándose por las paredes de su apartamento. Eso y el cosquilleo amargo de la necesidad de abrazos que la persigue desde siempre.

Primera parte:

Toronto

Capítulo 1

Noviembre 1958

*«Amor mío, cuando vuelvas a casa veremos tus películas a lo grande»,
le diré. Sí, «amor mío».*

Tal vez no lo he pronunciado bastante en los últimos años. Para ser sincero, nunca suficiente. A los marinos no nos enseñan a articular palabras blandas y en mi argot de océano y sal el único amor aceptado era el del olor a mar calmo y tabaco recién liado en proa, con el día rendido y la faena despachada. Dejarlo todo por ti, anclar mi vida a Toronto a tu lado me pareció una razonable declaración de amor. No se necesita poner palabras a lo evidente. Yo no era un marino poeta, tú ya lo sabías. Si hubieras querido discursos dulces y flor diaria sobre la mesilla, hubieras elegido a otro. Ya conocías a John. Y sin embargo, ahora que no me sientes, lamento, con tantos años de dilación, la ausencia de algunas palabras de amor, sutiles y ciertas, para tus oídos. Será lo primero que haga esta mañana, tan pronto como esté frente a ti. Porque el mar quedó lejos y del viejo lobo no pervive más que la barba desaliñada y porque ahora que me miras y no me reconoces, cuando la maldita enfermedad te ha sustraído la memoria, ahora, más que nunca, necesito que tus oídos escuchen que te quiero y quién sabe si así, a base de amor en forma de fonemas, se desenredan los nudos de tu memoria y los recuerdos se conectan de nuevo. Entonces volveríamos a casa, viejos pero amarrados a la misma necesidad de

piel que en aquellos primeros días, cuando aparecí en tu puerta sin previo aviso, atormentado y tormentoso. Fue la primera vez que pronuncié «te quiero».

Acababa de caer la noche. Noviembre. Frío de invierno temprano. 1958. Tengo el recuerdo aún fresco de tu casa alumbrada en amarillo, mis pisadas crujiendo sobre las hojas enrojecidas que cubrían el césped.

Alguien ha barrido con escrupulosidad el sendero adoquinado que conduce al porche desde la verja de madera. Yo prefiero sentir el murmullo de las hojas aplastadas bajo mis botas, su sigilo cómplice. Hay un placer insolente en no transitar las rutas establecidas, aunque esta la hubiera marcado tu padre... o precisamente por eso. La luz viva tras las cortinas de dos ventanas en el costado izquierdo, una de ellas es tu habitación. Subo tres peldaños y respiro hondo en la veranda, ya frente a la puerta. No es inseguridad, pero temo que si no eres tú quien me abre la puerta, si lo hace tu padre, mis certezas se conviertan en balbuceos. Tomo aire de nuevo. Aprieto los nudillos del puño izquierdo dentro del bolso del chaquetón y con el derecho golpeo la puerta cuatro veces. Tras ella se percibe una discusión vehemente que no consigo discernir. Llega amortiguada y ahogada en la música de un viejo gramófono. Suena el *Bolero* de Ravel.

Vuelvo a llamar. Esta vez son tan solo tres golpes si bien más contundentes que los anteriores. Lo que quiero decir no puede esperar y siento cómo la impaciencia de mis pocos años martilla dos veces más la madera. Si hubiera podido observar hacia el interior a través de la mirilla, habría visto a tu padre levantar la aguja del disco, aguzar el oído, avanzar hacia la misma abertura y examinarme de un vistazo, con cara de disgusto, idéntico gesto de odio al de la primera vez hacía un año cuando nos sorprendió despidiéndonos en la esquina de tu calle. Yo sujetaba tu cintura junto a la mía y tú te habías puesto mi gorra azul noche, la de los botones de ancla y cordones a juego, ¿recuerdas? «Quítate esa estúpida gorra y entra

en casa», fueron sus órdenes. Tu padre solo se expresa en imperativos. De haber podido ver a través de la puerta, habría visto como corres a tu habitación, colmada de rabia, y te dispones a llenar la maleta con lo imprescindible. Pero no lo anticipo y la puerta se abre con una determinación similar a la de mis nudillos. No estoy dispuesto a quitarme mi «estúpida gorra». Tampoco a dar un paso atrás sin ti.

—Voy a casarme con su hija —espeté.

Se hizo el silencio. Hubiera agradecido que sonara la música de Maurice Ravel, pero tal vez es mejor así, las verdades en el aire silenciado son más verdades. Por un instante sostiene su mirada con disciplina militar. Dudo si el desafío terminará con un puñetazo o con una carcajada de desprecio. Al fin y al cabo, es tu padre y siempre elegiré la mejor manera de herirme. En su lugar me escruta de arriba a abajo con su mirada gris y alarga el silencio durante un minuto más intentando una vez más minar mi determinación. No lo consigue. Sin mediar palabra, se dispone a cerrar la puerta como si nada de esto estuviera sucediendo. Se lo impido dando un paso hacia adelante y empujando la puerta con más fuerza.

—¿Cómo te atreves, desgraciado?

He de reconocer que tu padre es un sujeto robusto. Sus años de carrera militar y una persistencia casi enfermiza en el ejercicio físico diario lo mantienen con una fuerza juvenil que me cuesta doblegar. Es tu voz a su espalda más que mi ímpetu lo que le hace desistir de cerrar la puerta.

—Papá.

No es un grito. Tampoco el «papá» teñido de súplica que tantas veces habías empleado. El «papá, déjanos vivir» de cuando tu madre aún estaba con vosotros o el «papá, te lo ruego, deja de ser tú mismo y escúchame» que había dejado de tener efecto hacía mucho tiempo. Este «papá» arrojado a su espalda es una declaración de despedida. Has dejado de añorar las horas en que, estando bajo un mismo techo, no lo sientes como padre. ¿Y qué decir de todas las conversaciones por mantener? Las palabras reprimidas porque

sus oídos han renunciado desde el principio a oír otra voz que la de su propio cuerpo, la del comandante Ghost.

—Me voy con John. Déjame pasar.

Ignoras cuáles fueron las palabras de tu madre años atrás, siendo tú aún adolescente, sin embargo, la imaginas encarada en el pasillo, como tú en estos momentos. En el suelo la maleta de cuero viejo de las grandes ocasiones, de aquel viaje a las cataratas del Niágara donde juntas descubristeis el Agua en mayúsculas —él estaba demasiado ocupado con una nueva remesa de reclutas—. La maleta de llevar sus cosas personales al hospital cuando cayó por las escaleras y juraba y perjuraba que se había tropezado sola pero tú ya no la creías porque ya no eras una niña de muñecas. Sí, tu madre debió plantarle cara en ese mismo pasillo porque era una mujer muy valiente, me decías. «Déjame pasar, me voy», debió anunciarle también y, sin embargo, lo mejor sería ocultarle el dónde para no enfurecerle más, pero tú sabes que iba al encuentro de tu hermano Adam, en Toronto, porque él había huido de igual modo de aquella casa gélida de paredes tan blancas y pulcras que helaban las vidas. No lo presenciaste, pero estás segura de que no permitió que ella se fuera sin golpearla antes. Lo cierto es que os abandonó y no le reprochas nada, ni siquiera que no te llevara con ella, aunque entonces lo deseaste. Intuyes que si te hubiera visto junto a su maleta probablemente la hubiera matado... tal vez a las dos. De esta manera, en cambio, quedabas tú, aún había alguien a quien gobernar, controlar y maldecir. En este «papá» que acabas de lanzar como un puñal al centro de su espalda va también el dolor acumulado durante años por los tres. El del desprecio innato hacia Adam, al que siempre consideró un inútil. El de la insatisfacción de tu madre por no haber sido amada jamás y tu propia aficción: la de haber visto impotente pasar por tus ojos tanto desconsuelo.

—Ya me has oído, déjame pasar.

Apabullado por no ser él, por primera vez, quien ordena, da un paso dubitativo en retirada. El rictus arqueado, la mandíbula tensa y prominente como nunca la has visto. No está cediendo, tan solo

está aturdido, como el boxeador con la mirada nublada por los golpes de la pelea que no acierta a encajar el gancho que le está reventando la retina. Eres una más en su larga lista de malditos desagradecidos que no entienden lo que es mejor para ellos, piensa.

Vistes el abrigo azul zafiro con capucha de todos los días. El reto y la provocación le sientan tan bien a tus mejillas que solo quiero acabar con esto y deshojarlas con caricias. Pasas por delante de él sin mirarlo con la certeza de que será la última vez que estás tan cerca de su odio y que no merece una última mirada. En lugar de eso, posas los ojos en mí e intentas asirte a los míos para no caer en este último tramo: el de cortar para siempre el cordón umbilical imaginario que jamás tuviste con ese hombre. El boxeador noqueado se despabila y comprende que está perdiendo la pelea. Con la garganta inundada de bilis, levanta el puño con la intención de asestar el golpe maestro y definitivo en la nuca y consumir el sacrificio. Lo abandonan una vez más y esta parece definitiva. ¿Es que nadie obedece ya? ¿Nadie le va a agradecer que se preocupe por los valores de esa casa?

Sujeto su mano antes de que impacte en tu cabeza y le empujo hacia atrás. Nos zarandeamos con violencia. Casi triplica mi edad y, sin embargo, tiene la fuerza de un toro herido y humillado. A cada envite se enciende en mí el fuego del rencor por el dolor que te ha causado, de los años soportados hasta dar este paso, de todos los intentos inútiles por acercarme a él y explicarle que te estaba perdiendo y lo hacía de la peor manera posible. Cuando consigo liberar mi mano derecha, lanzo un puñetazo certero contra su rostro y queda tirado de espaldas. Está sangrando. Se palpa la cara una y otra vez y observa incrédulo la mano manchada primero, luego a nosotros agitados y atónitos ante el esperpento que dejamos atrás. Sus ojos inyectados en sangre proyectan un repudio lacerante.

—¡Marchad, desgraciados! ¡Que os lleve el diablo! —grita.

Esa noche te dije por primera vez «te quiero».

Lo mejor ahora es abandonar cuanto antes la casa infectada por el hedor del odio. Tomo tu brazo y avanzamos con paso ágil por el sendero de piedras hasta la cancela. No has querido mirar atrás, sin embargo, yo no he podido evitar hacerlo de soslayo. El animal herido parece haber menguado. Se palpa la nariz y tiene la mirada perdida en algún punto del pasado, no sabe cuál, aquel en que todo comenzó a salirse de sus renglones y la música del pentagrama que había escrito dejó de sonar como él comandaba. Me sorprende tu tranquilidad, como si te hubieras deleitado en tu interior con este momento tiempo atrás. La huida no es nueva para ti. Se ha convertido en una necesidad familiar. Al llegar a la puerta exterior, tras cruzar el patio, abres el buzón de correos para evitar dejar atrás nada tuyo, por nimio que sea, en el que ya es tu antiguo hogar. Al menos lo fue mientras el afecto duró, mientras tu madre estuvo allí. Hay un sobre blanco, un tanto deslucido y sin nombre en el remite, pero con una dirección que reconoces. Desde que se fue sabes de quién son los mismos sobres descoloridos con la misma dirección en el reverso. Y aunque has dicho que no lo haga, que es peligroso, ella te escribe todas las semanas desde hace años. Cada lunes te cuenta las vicisitudes de su nueva vida en Toronto, al amparo de cuatro mil kilómetros de distancia. Es todo lo feliz que puede ser. Más aún, percibes que su amor por ti está preñado de nostalgia y que te espera.

Guardas la carta sin abrir en el bolso y, sin cerrar el buzón, caminamos con premura hasta la esquina de la calle. No puedes reprimir una última mirada atrás antes de doblarla. La frente blanca un tanto inclinada al cielo. La mirada profunda que sella pasados. Rodeo tu cintura y te sostengo frente a frente. Una brisa fresca agita tu pelo, tal vez empiece a refrescar. Son dos palabras que aún no han salido de mis labios y emergen vírgenes con la solidez de las promesas primigenias.

—Te quiero, Catherine.

Sonríes y tus ojos azules se agrandan agradecidos. Me quitas la gorra y te la colocas un tanto ladeada para poder besarme mejor, pero antes de hacerlo susurras:

—Anda, llévame a Toronto, ¿quieres?

Capítulo 2

Noches

«Catherine no regresará jamás a casa». El director de la residencia resulta tan tajante que siento el puñetazo descarnado en la parte alta del estómago y quizás por ello, permanezco sin respiración durante un interminable medio minuto. Hubiera preferido la verdad endulzada, dilatada en pequeñas dosis de realidad. Descubrir por mí mismo la ausencia de la mente de mi mujer a medida que esta se fuera deshojando y del libro de sus recuerdos solo quedarán las tapas descoloridas. El director, un hombre circunspecto de ojos pequeños y bigote atildado, parece no haber sentido compasión por la ingenuidad y el encendido optimismo de un marido como yo, o tal vez está ya demasiado acostumbrado a hombres que no quieren aceptar el vuelo a ninguna parte del cerebro de sus esposas. Catherine nunca volvería a recordarse a sí misma y menos aún a mí, este hombre de barba poblada, chaquetón azul de marino viejo y ramillete de flores en la mano. Si me ha llamado hoy, después de meses de visitas diarias, es por algo importante que no puede esperar, ahora ya lo sé. Advierto el ácido de la verdad en el estómago. Necesito siquiera unos minutos para procesar la realidad. Me levanto y camino con pesadez hasta la ventana. Los jóvenes arcos del patio se bambolean delicados a esta hora temprana de la mañana. Al fondo, elevando la mirada un poco más allá del camino de grava, el lago también tiritita agitado por el viento de septiembre. Toronto puede ser muy duro en cuanto el invierno empieza a

intuirse. Tras meses de esperanza, confirmo que el invierno se ha adelantado en la memoria de mi esposa para instalarse con toda su crudeza. Aprieto los puños.

En unos segundos estoy sentado de nuevo frente al director, los codos sobre la mesa y las manos abiertas en actitud de ofrecer una propuesta.

—Imposible —es la sentencia sin paliativos desde el otro lado de la mesa.

Unos instantes de silencio para reorganizar un acuerdo en mi cabeza.

—Al menos dormir. Pasaré la noche con ella y desapareceré por la mañana.

El hombre se acomoda el bigote con el índice y el pulgar sopeando la idea.

—De acuerdo. No puedo aceptar que se instale aquí a vivir con ella, es inviable, pero podrán pasar las noches juntos. Quién sabe si esto le puede ayudar a su esposa... Las personas con alzhéimer escuchan a través de la piel. Les dice mucho más una caricia, un beso o un abrazo que una frase que no entienden —sopesa sus palabras durante unos instantes y parece satisfecho con ellas—. Sea discreto, no quisiera que esto fuera conocido por el resto de residentes y, por favor, a primera hora de la mañana deberá abandonar la residencia. Le aseguro que será por su bien: le desquiciaría pasar el día junto a ella en sus condiciones y con el horizonte de demencia que le espera por delante. Disculpe mi crudeza, no me gusta disfrazar lo que está por venir, supongo que a veces nuestra profesión nos hace insensibles —se disculpa con una leve elevación de hombros.

—Gracias. Comprendo que los días son para ustedes, doctor, es su trabajo. Gracias por cederme las noches, nuestras noches. Seré discreto.

No le quitarán las noches con Catherine. No pudo su padre allá en el oeste y no lo hará ahora esta maldita enfermedad.

He pasado el día inquieto, desviando la atención en asuntos triviales para distraer los nervios. O tal vez han sido mis pensamientos los que han acudido en mi ayuda desfilando por la cabeza en desorden y desconcierto para evitar que la agitación por pasar la noche con Catherine me obsesione y me paralice. He telefonado de nuevo a Iván Kunz sin obtener respuesta. Nos despedimos con un abrazo intenso. Iván dejaba Toronto para intentar recuperar un violín, no cualquier violín, y una chica, su chica. A primeros de septiembre, hace tan solo unos días, recibí un mensaje de texto. Era escueto, pero respiraba satisfacción: ya estaba en Nueva York y muy pronto, tal día como hoy, se encontraría de nuevo con Rebecca. «Suerte, maestro. Mantenme informado», le respondí. Sin embargo, las únicas noticias de aquella ciudad llegan vertidas por televisiones y radios. El desconcierto de la mañana, antes de la reunión con el director, se va clarificando a estas horas de la tarde. Dos aviones civiles de pasajeros con destino a Los Ángeles se han desviado de su ruta y se han estrellado contra las Torres Gemelas. Ambas se han desplomado poco después creando el caos en Manhattan. Han conseguido alarmarme con la sucesión de imágenes de rascacielos humeantes y personas arrojándose al vacío desde las ventanas, como insectos escupidos por un gigante herido. Vuelvo a marcar el número de teléfono de Iván con la esperanza de que antes me hubiera confundido en alguna cifra y, ahora sí, me responda la voz de mi amigo violinista. No es así. A pesar de que he puesto toda mi concentración en el teclado del teléfono, se repite el pitido ausente y el silencio. Entre estos quehaceres y otros asuntos de escasa importancia ha llegado el momento de volver a la residencia.

El director me espera a la puerta de la habitación de Catherine, con su mirada miope y su cara de conejo nervioso. De acuerdo, si ella se altera demasiado, abandonaré la habitación de inmediato. Por supuesto me marcharé antes de que lleguen los desayunos. Cierro la puerta y me apoyo sobre ella un instante antes de acercarme. Tras ella el director continúa susurrando consejos y advertencias. Catherine se cepilla el pelo ensimismada frente a un espejo demasiado

grande para el tamaño de la habitación. Me acerco y observo mi propio reflejo en él. Reconozco las flores que he traído esta misma mañana en un jarrón transparente. Ocupan un lugar destacado en la habitación y, sin saber por qué, el hecho me infunde valor.

—Buenas noches, Catherine —digo al fin.

Se gira sin alterarse y deja el cepillo sobre el tocador. Se diría que lo estaba esperando. Salvo las arrugas en la frente y alrededor de los ojos, retiene intacta la belleza de la muchacha que fue al enamorarme y sacarme del mar hace más de cincuenta años. Los ojos azules no han perdido el brillo de entonces y, aunque las luces de su cerebro se van apagando sin remedio cada día que pasa, parece que la bombilla que se ocupa de proporcionar vida a sus ojos está tan luminosa como siempre. Los hombros blancos y frágiles despiertan el impulso de protección que siempre he sentido hacia ella.

—Pasa, date prisa, mi marido puede llegar en cualquier momento —apremia acercándose hasta la cama y besándome los labios.

—Yo soy tu marido, Catherine. Soy John.

—Déjate de juegos, ¿quieres? No tenemos tanto tiempo —me ha despojado del chaquetón azul y ahora me acaricia el cabello y la barba—. Debemos ser silenciosos, Joanne puede despertarse, le ha costado coger el sueño.

—Joanne vive en Santa Mónica, Catherine. Tiene 27 años, apenas nos visita. Estamos solos en *esto* tú y yo —balbuceo sin llegar a comprender del todo qué es «esto» a lo que acabo de referirme. ¿Darle la vuelta al alzhéimer y obligarle a retroceder? ¿Terminar de gestionar juntos una vida feliz en pareja de más de medio siglo que se ha desplomado por falta de memoria? ¿Tal vez pelear contra mi soledad inesperada y la felicidad ignorante de una mente cada vez más blanca de ella?

—Venga, déjate de jueguecitos, ¿quieres? Siempre estás igual —golpea juguetona mi costado con el codo.

—¿Siempre?

—Me gustan tus bromas, tonto, pero sabes que no tenemos mucho tiempo. Anda, ven a la cama —retira el cubrecama y pal-

mea el edredón con impaciencia—. John salió a pescar temprano y no sé lo que puede tardar.

—¡Yo soy John, Catherine! —sentencio con firmeza tiznada de suspicacia y desagrado.

Me observa ausente durante unos instantes de confusión que se alargan tensando el desasosiego.

—¿John? ¿Qué John? ¿De qué me hablas? Es tarde. Me muero de sueño, ¿tú no? Buenas noches.

Esa noche no dormiré. Hoy he mordido el veneno de la duda que nunca sospeché. Ha comenzado a corroerme el pecho y siento angustia.

Capítulo 3

¡Malditos bastardos!

Por una pirueta perversa de la vida, Catherine es todo olvido y yo soy todo recuerdos. No sé si hubiera preferido lo contrario. A menudo ocurre con los seres amados. Preferiríamos cargar nosotros con todo el mal que les acontece a ellos: la enfermedad, el dolor en todas sus modalidades... No está seguro de que este sea el caso. Ella parece feliz, absorta en su mundo sin luces, en cambio, yo sufro en cada encuentro. Duele verla ajena, sin reconocer siquiera al hombre con el que ha compartido más de media vida. No estoy seguro de desear un cambio de papeles. ¿Que fuera yo quien habitara el olvido y Catherine quien conservara intactas las huellas de una existencia juntos? Quizás la desmemoria está hiriendo demasiado al recuerdo de un tiempo a esta parte. Y a pesar de ello hoy quisiera desmemoriarme. Tanta evocación, tanta remembranza me está atormentando. En su camino al desierto de la memoria, Catherine se ha hecho más niña y como tal habla sin los filtros de los adultos. No puedo apartar de mi pecho el demonio de la infidelidad. Las sombras trabajan febriles, escaneando imágenes, pistas, evocaciones que, por anecdóticas o deslavazadas que parezcan, puedan conducirme a ese escenario que jamás vislumbé pero que Catherine ha representado con absoluta naturalidad en su primera noche. No lo consigo. La cabeza en ebullición y aún no encuentro el quién, el cuándo, el cómo, ni —lo que más me atormenta— el por qué. ¡Si hemos sido la pareja ideal! ¡Si le he dado todo! ¿Cómo

es posible que sin haber pasado una sola noche separados no haya detectado nada? ¡Nada! Es irónico, pero me culpo de haber estado tan enamorado. Quién sabe si esa ceguera me ha impedido ver la traición. ¿Y no es mejor así? ¿No es mejor haber estado ausente de esa otra realidad que ahora siento sucia durante todos estos años? No es justo. Las neuronas de Catherine duermen plácidamente noche y día mientras que las mías son un enjambre a punto de estallar, excitadas por el veneno corrosivo del adulterio.

Sonrí. O tal vez fuerzo una sonrisa. Ya está: todo es fruto del delirio de mi mujer. Su debilitado cerebro ha inventado eso y con toda seguridad mañana fantaseará situaciones, creará nuevas ficciones y me confundirá con personajes imaginarios que abordarán noche a noche nuestros encuentros como piratas en busca de sangre. Solo tengo que seguir el juego. Hasta puede que sea divertido. Por unos breves instantes se calman los truenos de mi cabeza, pero al poco me asaltan nuevos relámpagos cargados de cizaña y celos. Ella ha mencionado a Joanne. «Puede despertarse», ha advertido, «le ha costado coger el sueño». Entonces debe remontarse a la infancia de Joanne, veintisiete años atrás. Catherine era una bellísima mujer madura y yo por entonces... Lamento no saber qué era yo tantos años atrás. Me temo que no percibí las señales que revelarían que mi esposa tal vez estaba atrapada en otra vida, una aventura o, peor aún, otro amor.

Acabo de entrar en casa. Me he levantado pronto con cuidado de no despertar a Catherine y he salido con sigilo antes de que la residencia se pusiera en funcionamiento. Desde que ella no está, la vivienda transpira un silencio que da escalofríos. Lo siento en los huesos y en la piel. Es somático. Necesito abrigarme más y más, como si el calor de la ropa pudiera sustituir el frío de la ausencia. No lo hace. Siento que he envejecido. Duele en los tímpanos el martillo de este silencio. Enciendo radio y televisión para tener los oídos ocupados. Han pasado veinticuatro horas desde ayer y el tema es único: Nueva York. Se habla, ya sin reservas, de terrorismo. Cuatro aviones han sido secuestrados de forma coordinada

consiguiendo un ataque múltiple. Además de las Torres Gemelas, otro avión se ha estrellado en el Pentágono y otro en una zona rural de Pensilvania. Las torres ya no existen: un palmo de ceniza y una pila de escombros cubre las calles de Manhattan. Por primera vez en la historia, las autoridades han suspendido todo el tráfico aéreo en Estados Unidos. Se muestra la foto del instigador: es el millonario saudí Osama Bin Laden. A mis ojos, ese rostro y esa mirada no son los de un asesino. Sin embargo, el recuento de muertos continúa y se habla de varios miles. Descuelgo de nuevo el teléfono para llamar a mi amigo Iván Kunz. Nada. Más silencio y frío al otro lado. Presupongo que sería demasiada mala fortuna que estuviera en el momento del impacto en esa zona de Manhattan, pero tantas llamadas sin respuesta me producen intranquilidad.

Recuerdo las noches con él, frente a unos vasos de *whisky*, fuego en la chimenea, escuchando su música y tratando de seguir en vano sus dedos saltando de cuerda en cuerda con la pericia y la agilidad sobrenatural de un virtuoso del instrumento. Iván me protegió de las soledades que cada noche acechaban por los rincones de la casa desde que Catherine se trasladó a la residencia. Le conocí tocando en la calle, muy cerca de allí, aquella primera noche en que ella faltó. Mis ganas de estar acompañado y el palpito certero de que bajo la aparente piel de madera habitaba una persona buena y atormentada a un tiempo hicieron que lo invitara a instalarse en mi casa mientras decidía su rumbo en Toronto. Inmediatamente trabajamos confidencias y las noches discurrían menos amargas entreveradas entre música de violín, *whisky* escocés y pedazos compartidos de vida, aún en carne viva, sobre la mesa. Un vaso bien cargado de Glengoyne sirve para amarrar con más intensidad las sensaciones de esas noches vividas con Iván. Al mismo tiempo, cada sorbo me transporta, como de costumbre, a la tierra de mis ancestros que, aunque desconocida por mí, con certeza tiene este sabor a una amalgama casi imposible de fuego y tierra: las Tierras Altas de Escocia. La bebida apacigua mi inquietud por Iván. El reencuentro con Rebecca después de nueve meses de separación debe tenerle,

por la pura lógica del amor, muy ocupado y ajeno por completo al teléfono. Sin duda este desasosiego que siento no es necesario. Sin embargo, como si de vasos comunicantes se tratara, calmada la desazón por Iván, mi mente vuelve a la tortura que despertó ayer: la del diablo de la sospecha. Ella me mueve a hacer lo que nunca antes he hecho. Entrar en el estudio de mi esposa empujado por la duda, con la intención de encontrar no sé aún qué, bien algo que me calme o bien cualquier cosa que me dispare definitivamente una bala de traición en el corazón. Un nombre, una fotografía... Otro hombre que justifique mis celos incendiados.

Apenas conozco el estudio de Catherine. Casi nunca entré cuando ella habitaba la casa y naturalmente, desde que falta, la puerta ha permanecido cerrada a cal y canto. Siempre fue su retiro, ese espacio personal e íntimo requerido, aún sin hacerlo explícito, por cada miembro de la pareja. Yo tenía mi barca y mis horas amarrado a la caña, pescando en el silencio que emana de las aguas del lago. Para ella era este estudio impenetrable que sospecho que estoy profanando. Porque a cada paso pesado que avanzo hacia el escritorio siento que violo una intimidad que tal vez no me pertenece. No es que Catherine entonces me prohibiera la entrada, más bien fue yo quien retrocedió para respetar su espacio. Ahora el pudor pugna con los celos que me asaltan y este pierde a los puntos.

Solo un hilo de luz entra por la ventana que acoge el escritorio. Revela un haz de polvo luminoso que cae sobre la madera de cerezo. Cuando llego hasta él, estiro el brazo para abrir los cuarterones interiores. Quedo cegado unos segundos por la claridad de la mañana y en seguida las pupilas enfocan el lago en calma y el bosque adyacente de viejos abedules y arces azucarados.

Recuerdo verla asomada a esta ventana agitando la mano en forma de despedida y yo respondiendo con la misma seña desde el

camino que conduce al lago, dispuesto a comenzar un nuevo día de pesca. Me llevaba conmigo ese último gesto de ella, radiante detrás del cristal, la misma mano que hace unos minutos le había acariciado el pelo, la sonrisa que acababa de besarle la mejilla... Y así proseguía satisfecho con paso ágil hacia el embarcadero.

Paso los dedos índice y corazón de la mano derecha por las aristas del escritorio como si calibrara el espacio sagrado que ha pertenecido a Catherine. En realidad no mido ni calculo, tan solo la cabeza se me ha colmado de recuerdos, de los suyos y seguramente de todos los que Catherine ha extraviado. Las yemas de los dedos se han ensuciado de polvo y me sacudo contra la pernera del pantalón. Algún resto permanece impregnado. Es imposible desprenderse de todo por mucho que me empeñe. Tal cual es la memoria. Sin duda deben sobrevivir islas de lucidez en el mar de olvido dentro del cerebro de mi esposa. Me siento a la mesa. Es laminada y ligeramente oscura. «Demasiado seria para ti». La observo con detenimiento. «Así que este es tu territorio». Cruza mi cabeza un lamento por no haber compartido antes este espacio, pero rápidamente lo aparto por inservible e inútil. Algunos papeles sin importancia sobre la mesa y un libro abierto por la página quince. Miro la portada por curiosidad, me intriga saber cuál es el libro que Catherine nunca terminó de leer. *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio*. Levanto una ceja ante lo inusual del título. Y la contraportada: «Alice Munro. Nació en Wingham (Ontario) en 1931... En la actualidad vive con su marido a caballo entre Ontario y Comox, cerca de Vancouver, en la Columbia Británica». No sigo leyendo, no puedo. Vancouver ha producido un clic repentino en mi mente y ha volado a aquella ciudad de la que escapé con Catherine, a la esquina de la calle Columbia con la Tercera Avenida, donde ocurrió el suceso.

Envuelvo a Catherine con los brazos en su cintura y ella acaba de pedirme que la lleve a Toronto. En la casa hemos dejado a su padre derrotado en el pasillo, en cuclillas, y en esa postura de sumisión, el *Bolero* de Ravel ha alcanzado el punto de frenesí y parece sepultarlo. No es así. Deshacemos el abrazo de inmediato cuando le vemos dar la vuelta a la esquina y dirigirse hacia nosotros con un rifle en la mano, sosteniéndolo a la altura del pecho, los ojos encendidos, sin pupilas, o al menos desdibujadas tras el rojo de la sangre que domina su mirada. Quedamos paralizados. Demasiado tarde para correr o esconderse. Nos apunta ebrio de odio y de fracaso. Son las ventajas de su antigua vida militar: puede conservar el arma y el permiso para utilizarla. Son las desventajas de una vida en ruinas como la suya: el fracaso familiar va macerando y ha destilado resentimiento imposible de digerir.

—¡Malditos bastardos!

Sorprende el insulto aplicado a su hija. Es obvio que no alude a la literalidad de la palabra, es tan solo que en su limitado código ético no ha encontrado una palabra que hiera más y que exprese a un tiempo que repudia a Catherine con todo el vigor del que es capaz. Poco importan sus palabras en estos momentos, nunca han importado, menos aún ahora con dos bocas dispuestas a escupir pólvora sobre su rostro. Veo cómo el dedo hace presión sobre el gatillo y un ruido seco y metálico le acompaña. Intenta repetir el movimiento, pero no lo voy a permitir, el rifle se ha encasquillado —hace mucho tiempo que no sale a cazar— y no voy a concederle una segunda oportunidad. Me abalanzo sobre él y mientras aparto el arma con un manotazo, hincó la rodilla en su abdomen con toda la fuerza que consigo reunir. Me hallo con el rifle en las manos y el viejo en el suelo recogido sobre sí mismo. Ahora solo encuentro cólera donde hace un momento había humanidad y golpeo al hombre una y otra vez, sin freno, tal vez catapultado por el resorte del que ha estado a punto de morir y ha salvado su vida. Golpeo como nunca lo he hecho, sin ningún control de mi fuerza. Lo hago también por Catherine, desahogando todo el dolor que

ese sujeto ha producido en ella durante años. Es ella la que grita a sus espaldas:

—¡Basta, John!

Es un «basta» que no percibo con compasión, es más una orden hacia mí, mezclada con súplica, de alguien que comprende lo que está pasando y quiere sacarme de ese sumidero de violencia.

Hay un charco de sangre en el suelo y el viejo sobre él, como un insecto aplastado e inerte.

—Lo he matado —constato, despojándome de la venda de ira de los ojos.

No creo que haya hecho justicia. Tampoco me siento un asesino. Ya no hará daño a más gente, pero tampoco merecía morir así. O puede que sí. Vuelvo en sí cuando ella me abraza por la espalda. Era su padre y al mismo tiempo no lo era. Puso una semilla y en ese mismo momento dejó de amarla. Pasó a ser una víctima más a quien aterrorizar bajo su techo.

—Vámonos rápidamente de aquí.

Ahora es Catherine la que parece no reaccionar. No sabe si es lo correcto, sin embargo, parece estar segura de que, si no lo hacen, la justicia se encargará de arruinar sus vidas y él habrá ganado. Les habrá descerrajado sus dos tiros a pesar del arma encasquillada. Me obedece y salimos corriendo. Una nueva vida nos está esperando en Toronto, a cuatro mil kilómetros de allí.

